

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

SIETE SIGLOS DESPUES

EL GRAN MERITO DE JAIME I

Esperamos que complazca a nuestros lectores encontrar en esta sección la firma del ilustre historiador y político señor Coll Alentorn, que evoca hoy la figura de Jaime I el Conquistador.

ESTOS días pasados, exactamente el 27 de julio, se han cumplido siete siglos de la muerte en Valencia de Jaime I el Conquistador. Es pues oportuno y obligado recordar ahora la figura del gran rey y su obra. Pero al mismo tiempo resulta difícil decir de uno y otra algo que ya no haya sido dicho. Jaime I y su época han atraído con tal fuerza la atención de historiadores y ensayistas, que se hace casi imposible a estas alturas hablar de ellos, y más si ha de ser en plan de divulgación o comentario general, como aquí resulta forzoso, sin repetir conceptos que ya habrán sido emitidos o examinados, no una, sino múltiples veces.

Y, sin embargo, es preciso volver sobre ellos y especialmente sobre el hecho de que el gran rey resulta ser, por su acción conquistadora y organizadora, el padre de los que ahora llamamos Países Catalanes al llevar hasta su límite la tarea de reconquista que, por pactos previos, había sido reservada a catalanes y aragoneses. Esto es cosa bien sabida, y ha sido repetida muchas veces (aunque quizá nunca bastante) en el curso de estos últimos meses. No voy ahora a insistir sobre este importantísimo punto en su conjunto, sino sólo en uno de sus aspectos: en el de la comparación de la marcha llevada por los distintos estados hispánicos en la obra de la Reconquista.

Es sabido que aquellos de dichos estados que son de implantación pirenaica —Navarra, Aragón y los condados catalanes—, al tener una de sus caras mirando hacia Europa, mientras la otra se inclinaba hacia la España musulmana, tuvieron que repartir sus fuerzas y su atención en los dos sentidos. En cambio, Castilla y León, sin contacto terrestre con Europa, pudieron concentrar sus esfuerzos en dirección sur con todas las ventajas que esto representaba para la expansión en tal sentido. Por otra parte, el poder musulmán en los primeros tiempos descuidó algo la vigilancia del arrinconado ángulo noroeste de la Península, que no conducía a parte alguna, mientras empujaba con todas sus fuerzas hacia Europa, a través de todos los pasos, collados y puertos pirenaicos. Demasiado a menudo se olvidan las grandes penetraciones sarracenas Francia arriba, como la de Anbasa en 725, que llega hasta Autun y Sens, a sólo cien kilómetros al sureste de París, y hasta Luxeuil en los Vosgos, cerca de donde confluyen las actuales fronteras francesa, alemana y suiza, y la de Abdar-Rahman al-Gafiqi, que se acerca a Tours y es derrotada y rechazada en Poitiers por Carlos Martel en 732. Esto quiere decir que, mientras la reconquista asturiana empieza en Covadonga, la nuestra tiene que iniciarse muchos centenares de kilómetros más al norte.

Todo ello implica un considerable retraso en esta última, y así, cuando el primer territorio catalán, el Rosellón, es liberado de la dominación musulmana hacia 759, los reyes de Asturias ya han extendido, más o menos sólidamente, sus dominios hasta más al sur de León y Astorga y han devastado la tierra hasta el Duero; y cuando Barcelona queda para los cristianos en 801 y, después de intentos fallidos sobre Tortosa y Lérida, nuestra

frontera se estabiliza por mucho tiempo poco más allá del Llobregat, Alfonso II el Casto de Asturias ha llegado a saquear Lisboa en 798, aunque ha visto antes a los musulmanes devastar Oviedo por dos veces en poco tiempo (794 y 795).

Mientras Guifredo el Velloso repoblaba el centro de Cataluña, destruido y yermo, y acababa siendo herido de muerte en lucha contra los sarracenos, que ocuparon por corto tiempo Barcelona (897), Alfonso III de León llegaba a Oporto (868), a Chaves, a Zamora y al Arlanza, restauraba Viseu y Lamego y repoblaba Coimbra (878).

En resumen, al pasar del siglo IX al X la frontera entre cristianos y musulmanes a través de la Península seguía aproximadamente este trazado: partía del Mediterráneo en el macizo de Garraf, continuaba por la divisoria de aguas de las cuencas del Anoia y el Cardener con las del Gaiá y el Segre, atravesaba éste por la Clua al norte de Ponts, cruzaba las Nogueiras a la altura de la sierra del Boumort, bastante al norte de Tremp, hasta empalmar con las sierras de Arbe y de Guara, mitad de camino entre Huesca y Jaca, dejaba al norte casi toda Navarra a excepción de la comarca de Tudela, partía la Rioja dejando Calahorra a los moros y Nájera a los cristianos, bajaba hasta el Duero por San Esteban de Gormaz y Coruña del Conde, quedaba después bastante al norte de dicho río hasta que lo encontraba de nuevo por Simancas, Toro y Zamora, y lo seguía finalmente hasta el Atlántico.

Dos siglos más tarde, cuando Alfonso VI toma Toledo (1085), los catalanes todavía no han repoblado Tarragona ni conquistado Balaguer, los aragoneses no han ocupado Huesca, ni los navarros Tudela, mientras en Portugal la línea fronteriza pasa por el sur de Coimbra y de Montemor.

Y no es que los catalanes estuvieran olvidados del avance hacia las tierras meridionales, a pesar de su natural interés por el norte. El obispo de Gerona tenía jurisdicción sobre las iglesias de Mallorca y Menorca desde 898. Más tarde, a mediados del siglo XI, el de Barcelona la tuvo sobre todas las del reino de Denia y las Baleares. Nuestro conde Borrell, dentro de la segunda mitad del siglo X, se da títulos, como los de duque ibérico o de la Hispania Citerior, que indican aspiraciones que rebasan de mucho las fronteras catalanas. Ramón Berenguer I (1035-1076) recibió tributo de muchos reyezuelos de taifas, lo que representaba un principio de vasallaje y una anticipación del derecho de conquista. Sus inmediatos sucesores ya intervinieron insistentemente en Valencia, y Ramón Berenguer III conquistó efímeramente Ibiza y Mallorca con la ayuda de los pisanos (1114-1115) y restauró la archidiócesis de Tarragona.

Ya en el siglo XII, Alfonso el Batallador en Aragón y Ramón Berenguer IV en Cataluña, con su brillante acción reconquistadora, recuperan una buena parte del retraso que sus países llevaban en el avance hacia el sur. El primero toma Tudela, Zaragoza (1118), Calatayud, Daroca y Tarazona, y el segundo, Tortosa, Lérida, Fraga y Mequinenza, Miravet y los castillos del Ebro, y Prades y Sjurana (entre 1148 y 1153), con lo que redondea la reconquista del Principado de Cataluña. Pero Ramón Berenguer hizo más. Convino con su cuñado Alfonso VII de Castilla los límites de las respectivas zonas de conquista (1151), reservando para Cataluña y Aragón los reinos de Valencia y Murcia. Previamente (1147) los genoveses habían reconocido derechos es-

peciales a nuestro conde hasta Almería, y tres años antes éste había conquistado Lorca y quizá Vera.

Más tarde Alfonso I de Cataluña y II de Aragón aceptó una reducción de estos límites por el lado de Cuenca (1170) y por el de Murcia (1179) en beneficio de Castilla, a cambio de ciertas compensaciones jurídicas.

Luego la reconquista pierde ritmo, en buena parte a causa de la invasión almohade, pero el reino de Valencia empieza a ser recordado en sus fronteras por aragoneses y catalanes (Olocau, Vinaroz, Benifassà, Ademuz, Begís), hasta que Jaime I en el este y Fernando III en el centro y el oeste inauguran una nueva era de expansión cuando la oleada almohade ha perdido su empuje. Entonces el Conquistador justifica su sobrenombre con la empresa de Mallorca (1229-1230) y con la de Valencia (1232-1245), mientras san Fernando conquista Córdoba, Jaén y Sevilla (entre 1236 y 1248). Llegados a este punto, Jaime I había terminado la reconquista catalano-aragonesa; la reconquista castellana, en cambio, tenía pendiente la ocupación efectiva del reino de Murcia y la conquista del de Granada. El retraso reconquistador de catalanes y aragoneses estaba más que superado por obra de nuestro Jaime I.

Pero éste llevaría a cabo aún otra empresa sobre los musulmanes. Sublevados contra Alfonso X el Sabio los sarracenos andaluces y murcianos en 1264, el rey de Castilla pidió ayuda a su suegro el rey Jaime, quien se la otorgó benigneamente a pesar de la conducta poco leal de su yerno desde los últimos tiempos de la reconquista valenciana y durante la sublevación de los moros valencianos de 1247-1258. Ocupado el reino de Murcia y repoblado en gran parte por catalanes (1266), el Conquistador lo cedió sin la menor vacilación al rey Sabio, en aplicación estricta de sus principios de sagrado respeto a los pactos convenidos. Esta limpia conducta tuvo su premio antes de terminar el siglo (1296). En el curso de una guerra con Castilla fue fácil la invasión del reino de Murcia y la incorporación de su mitad septentrional al País Valenciano que adquirió así su fisonomía histórica definitiva.

Nuestra reconquista, tuvo pues tres fases muy caracterizadas. La primera, durante la segunda mitad del siglo VIII y principio del siguiente, fue obra de los reyes francos con la eficaz ayuda de la gente del país: corresponde a la Cataluña Vieja. La segunda, a mediados del siglo XII, se debe a las grandes dotes militares y políticas de Ramón Berenguer IV: nos dio la Cataluña Nueva. La tercera, en fin, bien entrado ya el siglo XIII, es territorialmente la más importante y constituye el gran mérito de Jaime I: configuró al lado del viejo solar del Principado, los demás Países Catalanes y dio al conjunto catalano-aragones un peso importante dentro de la constelación hispánica y dentro de la Europa mediterránea y occidental, que permitió el destacado protagonismo de las grandes figuras de Pedro el Grande, Jaime II, Pedro el Ceremonioso y Alfonso el Magnánimo.

En el momento en que todo hace creer que los Países Catalanes van a entrar en una etapa decisiva de su historia es preciso detenerse a meditar sobre la personalidad de quien los creó y los simboliza de manera indiscutible.

Miquel COLL I ALENTORN

«EL COROMINES»

HISTORIA DE LAS PALABRAS

QUE Joan Coromines sea hoy una de las máximas autoridades mundiales en filología románica, no hace falta ni decirlo. Una obra vasta, rigurosa, acreditada su prestigio, y largos años de docencia fecunda —en los Estados Unidos, ¡ay!— lo prolongan a través del trabajo de unos cuantos discípulos ya ilustres. Como suele ocurrir siempre en los casos de especialización sostenida, la trascendencia llamémosla «popular» del personaje y de su labor queda no poco limitada, y, bien mirado, la figura del profesor Coromines no ha recibido todavía el reconocimiento público que se merece. Ciertamente que su libro «Lleures i converses d'un filòleg», desde 1971, le puso, en alguna medida, al alcance de la curiosidad y de la admiración del «lector culto» local. Los «Lleures», sin embargo, con ser unos papeles de eminente proyección científica, atienden, en general, a temas lingüísticos vivos, y ello explica el éxito que han conseguido. El otro Coromines está aún por revelar. Me temo que, excepto en los círculos culturales más restringidos, el área catalana entera sigue ignorando cuanto Coromines ha hecho y está haciendo sobre y por la lengua del país. Se anuncian, inmediatos, tres volúmenes con el título «Entre dos llenguatges». Serán un comienzo de rescate, para nosotros, de lo que Coromines estudió pensando en nosotros. En los suyos.

Porque, hasta ahora, y a ese mismo nivel de interés a que me refiero, Joan Coromines es conocido, sobre todo, en razón de sus espléndidas publicaciones acerca del castellano. Baste pensar en el extraordinario «Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana», publicado por primera vez en 1954 y que, tras una reimpresión, será pronto reeditado con aumentos y correcciones. Deben de ser escasos, si hay alguno, los idiomas románicos que cuenten con un repertorio como éste: tan ambicioso en sus planteamientos, tan exhaustivo en su realización, tan meticolosamente personal en cada problema asumido, y cada palabra es un problema, y a veces muchos. Resulta difícil dar una idea del esfuerzo que Coromines aplicó a su «Diccionario

Crítico Etimológico de la Lengua Castellana». Hay que verlo para creerlo, y parece increíble, en resumidas cuentas. Recomiendo la consulta directa del glorioso mamotreto. Sólo la cantidad de datos que se acumulan en una página —bibliográficos o de aportación primera— ya da la impresión de una tarea de lustrós. Pero, además, e insistió, nunca se trata de una mera y maquinal pila de materiales. Caso por caso, Coromines asume las noticias —a menudo son sólo suyas—, las reelabora, y las traduce en una hipótesis revisada o sugerentemente nueva.

El mundo castellanoparlante tiene que agradecer a un catalán esta grandiosa contribución al conocimiento de su idioma. Como es lógico, habrá soluciones propuestas por Coromines que serán discutibles, y quizá sean muchas. No importa. Si hubiese acertado siempre, Coromines no sería un filólogo sino Dios Nuestro Señor. Pero ahí queda eso. Durante los próximos siglos, cualquier trato filológico con el castellano tendrá que contar con «el Coromines»: una antonomasia —«el Coromines»— perfecta. Y todo hay que ponerlo sobre el tapete: la intención originaria de Joan Coromines era confeccionar ese mismo «diccionario etimológico y crítico», pero del catalán. Había empezado a prepararlo allá por la flexión del 1930. Luego, las circunstancias históricas, tan adversas para todos, le llevaron al exilio, y, en el exilio, a unos condicionamientos obvios: en la Universidad de Chicago, donde recaló finalmente, la opción académica no podía ser más que el castellano. Serían superfluas las excusas. Quien esté algo familiarizado con el «Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana» ha podido advertir que, sin dejar de ser lo que denuncia, es, también, en buena parte, ese «Diccionario Etimológico» de la lengua catalana que Coromines tenía previsto. Era inevitable, y era voluntario. Inevitable, desde luego: ¿cómo disimular las transfusiones de léxico entre el catalán y el castellano, a lo largo de la historia?

Y voluntario. Coromines aprovechó la ocasión para meter en el saco tipográfico tanto como

supo, y era oportuno, acerca del catalán. He oído discretas quejas carpetovetónicas al respecto: Coromines habría abusado en el sector de los catalanistas del castellano. Yo ni entro ni salgo en el debate. Me ciño a suponer que Coromines, entonces, hizo lo posible para, de paso, aclarar numerosos enigmas etimológicos del catalán, a la vez que lo procuraba del castellano. Sea como fuere, y afortunadamente, a Joan Coromines no le han faltado salud y ánimos para acometer, después, el proyecto de un «Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Catalana». Es en lo que se ocupa hoy mismo, en su retiro de Pineda, ayudado por colaboradores doctos e incondicionales, entre los que está mi viejo amigo armenio-americo Joséph Gulsoy. Hace unas semanas charlé con ellos: con Coromines, con Gulsoy. Me contaron sus penas y fatigas, y sus ilusiones. Con setenta años a las costillas, Joan Coromines no deja de trabajar de la noche a la mañana. En el fondo, lucha contra el tiempo, y a conciencia. Para que todos los catalanes, desde Salses a Guardamar, desde Fraga a Maó, dispongamos un día de los máximos rendimientos de su saber y de su vida, el profesor Coromines no se concede ni un minuto de descanso. O pocos minutos: porque todavía da paseos por la montaña. A mí, eso de subir montañas siempre me pareció una perversidad. Ustedes perdonen...

Más o menos, corrió la voz de que Coromines, con el patrocinio de don Rafael Patxot —y a ver cuándo alguien se acuerda del señor Patxot, de sus mecenas, de su «Guaitant enrrera»: este millonario ampurdanés fue, a su modo, un estimable guerrillero contra la dictadura—, con ayudas de Patxot, digo, Coromines emprendió el «Onomasticon Catalanae». Se trata, según tengo entendido, de una sistemática recopilación de topónimos de nuestra área lingüística, o sea los Países Catalanes, y con la correspondiente indagación de sus raíces. El «Onomasticon» está prácticamente completo. Un día u otro llegará a la imprenta. El «Diccionario Etimológico» ofrece más alicientes. La historia de la lengua —que es de lo que se trata, al fin y al cabo— adque-

re una mayor y más palpitante sugestión cuando se ciñe a las palabras cotidianas. No es que los nombres de ríos, montañas y valles, de pueblos y aldeas, de familias incluso, sean de desdenar. Pero el vocabulario de cada día, en su árbol genealógico, se hace más apasionante. Mediante las pistas etimológicas hallamos un colosal complemento de la erudición que se «reduce» a las estadísticas de la demografía o de los precios y los jornales, y de la que sólo contaba con la «política» y la «diplomacia». El protagonista de la historia es la «gente». ¿Cómo hablaba esa «gente»?

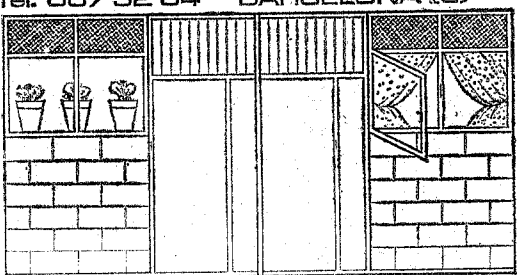
Confiamos en que, sin demasiada demora, los escritos de Joan Coromines y sus ayudantes salgan a la luz pública. Coromines, heroico paseante con el oído atento, ha «capturado» todavía más léxico que el de la famosa «calaixera» del canónigo Alcover. Coromines me dijo que su «Diccionario», de cara a los Países Catalanes, será mucho más que el «Diccionario Etimológico Crítico»: será, pues, «etimológico i complementari». El aspecto de «complementari» pertenece a la esfera de los documentos: orales o escritos. La promesa del doctor Joan Coromines está en marcha: tengo a la vista, al escribir este comentario, copias de algunos artículos de su futuro «Diccionario». Son apasionantes. ¿Por qué hablamos como hablamos, y hemos dejado de hablar como tendríamos que hablar, y no hablamos como convendría que hablásemos? Estas preguntas se imponen. Y el «Diccionario» que Coromines prepara contribuirá a que lo comprendamos. Sin contar con lo que es «ciencia» pura. Esperemos que pronto tengamos nuestro «Coromines»: «el Coromines» catalán. Y lo demás de Coromines. Todas esas monografías dispersas en revistas inasequibles, en «mellanges», en prólogos furtivos, en lecciones de cátedra remotas, tendríamos que recuperarlas: veríamos, como hasta ahora no se ha querido ver, cuánto ha hecho Coromines por nuestra lengua. Tanto como el que más. Y quizá más que el que más.

Joan FUSTER

AMPER

PEDRÓ IV, 236 Tel. 307 52 04 BARCELONA (5)

CARPINTERIA DE ALUMINIO
CUBRIMIENTOS
DE TERRAZAS
Y GALERIAS
VENTANAS Y PUERTAS
CORREDERAS
Y PRACTICABLES
CIERRES HERMETICOS
PUERTAS
ESTABLECIMIENTOS
BARES, ETC.



¿NO VE VD. BIEN?
COMPRE SUS GAFAS EN



OPTICA
CLARAMUNT
PINO 6
GAFA PERFECTA Y ECONOMICA

CAMPAÑA ANTI-ROBO

Cuando salga de su hogar asegúrese
Instale un anti-robo MULLER
1.200 pesetas. Instalación incluida

INFORMESE AL TEL. 214-28-91